



RELACION HISTÓRICA
DE LA GLORIOSA VIRGEN Y MÁRTIR
SANTA FILOMENA.

Atiende, lector carísimo,
la más grande maravilla
que imaginarte puedes
en los días de tu vida;
el suceso más terrible,
la historia más inaudita
que en este mundo se viera,
la más rara y peregrina,
y es la vida de la santa
que Filomena apellidan.
De aquella santa magnánima,
de aquella virgen divina,

en la que tantas virtudes
¡oh lector! resplandecian,
la que con paciencia tanta
mil penas sufrió tranquila:
de aquella que por sus penas
tuvo gloria merecida:
la que el último suspiro
le dió con suave sonrisa;
de aquella mujer tan casta,
de una belleza angélica,
que ante su tirano impávido
venció su firmeza intrépida.

R 50 285

Atiende, que ya principio
la historia que tanto admira;
apréndela de memoria
que es historia peregrina.
Nació esta cándida virgen
en la capital de Grecia,
hija de un cristiano rey,
siendo del trono heredera:
nació ella tan hermosa
y era tanta su belleza,
que todo el mundo admiraba
la divina Filomena,
y no había belleza humana
que se comparara á ella,
porque ninguna existía
que muy inferior no fuera.
Creció en años, y se veía
mas hermosa la princesa,
y de la virtud divina
su pecho solo alimenta
en inspiracion cristiana
llevada de su pureza.
Esposa de Jesucristo
se consagró esta doncella,
y á su Dios tan solamente
gustosa el ánima entrega,
abandonando los goces
miserables de la tierra:
aqueste fue el juramento
de esta insigne azucena,
este es el Esposo que amaba
aquella criatura tierna.
Feliz vivía y gozosa
la virtuosa Filomena,
cuando su padre, oh desgracia!
consigo á Roma la lleva,
do empuñaba Diocleciano,
de aquel imperio las riendas,
y era tan severo el hombre
que todo el mundo le tiembla.
No bien el tirano vió
la tímida Filomena,
cuando siete allá en su pecho
una llama que le quema,

cuando se siente convulso
sin que remediarlo pueda
cuando siente le abandona
su acostumbrada firmeza,
cuando siente no cariño
sino la pasión mas ciega
que le aniquila, consume
y destruye el alma entera;
y frenético pidió
por esposa a Filomena,
pues que su cetro y su vida
á tanta hermosura entrega.
Esto oyó la pura virgen
y se cubrió de vergüenza,
y con la voz balbuciente
contestó de esta manera:
«No puedo, no, Diocleciano,
ser no puedo esposa vuestra
porque juramento hice
de á nadie amar en la tierra;
pues há tiempo que á Jesús
me consagré toda entera,
y ya, veis que no es posible
que se perjure mi lengua.»
Entonces la instó su padre
diciéndola que cediera,
porque si no, Diocleciano
es iba á hacer cruda guerra,
y en su terrible venganza
y su indómita fiera,
expatriados se verían
los dos cubiertos de afrenta.
En vano, en vano intentaron
persuadir á Filomena,
porque vencer no pudieron
su acrisolada firmeza;
lo cual, visto por su amante,
ardiendo en cólera el pecho,
la maltrata y la intima
deponga su resistencia:
y aquella jóven heroica
pintada en su tez la pena,
puesta de hinojos, á Cristo
esta plegaria comienza:

«¡Oh Dios, que estás en el cielo!
mirame desde la altura,
y mitiga mi amargura
con tu celestial consuelo:
derrama, Señor, aquí,
tu divina inspiración,
y anima mi corazón
¡oh Dios mío! desde ahí;
y con ojos de clemencia
en mis angustias, Señor,
haz que sufra este dolor
con resignada paciencia,
y que este cruel tirano
que ahora tanto me atormenta,
Dios mío, que se arrepienta
de su frenesí insano.»
No bien dijo estas palabras
la acongojada doncella,
cuando el fatal Diocleciano
la asió del brazo con fuerza,
y brotando en ira los ojos
con mil insultos la aterra,
y no hay remedio en el mundo
que calmar su enojo pueda:
no hay palabras que aplaquen
el furor de aquella fiera,
ni hay esperanza ninguna
para la triste doncella.
Manda el indómito, al punto
de que sus sayones vengan,
y bien pronto los verdugos
armados se le presentan;
por orden de aquel tirano
ataron á Filomena,
y á un lóbrego calabozo
sin compasión la encierran,
é inhumanos la cargaron
de grillos y de cadenas,
echándola sabandijas,
sapos, lagartos, culebras,
y de comer no la daban
por mas que comer quisiera,
para que la heroica víctima
á tanto martirio ceda;

pero no rindió su fe
ni el rigor de tantas penas,
ni tanta vil amenaza
de aquella gente perversa,
ni los ruegos seductores,
ni aquella liviana arenga
de que usaba el tirano
para ver si así se entregaba:
nada basta, y Diocleciano
se puso como una fiera,
y manda que sus verdugos
azoten á la doncella.
Los sayones la cogieron
de su adorada melena,
y arrastrando la sacaron
llena de amargura y pena,
y en aquel hermoso cuerpo,
mas blanco que la azucena,
aquellos viles verdugos
encarnizados se ceban;
muy fieros golpes descargan
con tanto vigor y fuerza,
que mil llagas se formaron
en aquella carne tierna;
pero ni tantos dolores,
ni el verse de sangre llena
debilitaron el ánimo
de la ínclita princesa,
porque un ángel la inspiraba
y consolaba en sus penas,
vigorizando su alma
y dando á su cuerpo fuerza;
así fué que sus verdugos
al encierro se la llevan,
y otra vez aquellos monstruos
la cargaron de cadenas.
Vista pues por el tirano
su acrisolada firmeza,
discurre el nuevo martirio
de las flechas y saetas:
aquella mujer divina
sufré el tormento serena,
y el pueblo atónito mira
una virtud tan inmensa:

mas el cruel Diocleciano
 otras barbaries ordena:
 manda que con peso al cuello
 en el Tiber la sumerjan;
 cumplen los esclavos viles
 esta bárbara sentencia,
 y arrojaron en el rio
 la desgraciada princesa;
 pero el Todopoderoso
 que velaba su inocencia,
 sacó á la cándida vírgen
 de aqueste martirio ilesa;
 y el pueblo como un milagro
 este gran suceso cuenta,
 y á la victima inocente
 como santa la veneran.
 El emperador entonces,
 como si loco estuviera,

ordenó que en el instante
 le cortaran la cabeza;
 y ¡qué horror! ejecutaron
 aquella órden tremenda;
 ¡oh Cielos! que de este mundo
 robaron á Filomena.
 Aquellos fieros sayones
 cogieron á la belleza,
 y le segáron el cuello
 con la mayor violencia:
 al espirar la inocente,
 se ve que al Cielo serena
 y entre nubes, dos ángeles
 su pura ánima llevan.
 Aprende, lector, aprende
 la historia de Filomena,
 que si imitas sus virtudes
 gozarás la Gloria eterna.

ORACION A SANTA FILOMENA VIRGEN Y MARTIR.

Gloriosa vírgen y mártir santa Filomena, por aquella caridad tan ardiente que vuestro corazón tuvo para con Jesucristo, y que no pudo ser vencida ni entibiada á pesar de la fuerte batería que os dió el demonio con tan horribles tentaciones para haceros saltar á la lealtad jurada á vuestro divino Esposo, alcanzadme la gracia de unirme intimamente con el Señor, que ni las tentaciones, ni los trabajos, ni la misma muerte puedan separarme un punto de él, considerando todas las vanidades del mundo como estiércol, á fin de poseer y vivir unido al corazón de mi amado Jesús. Amen.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri.



MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11

